



Clement Moreau

# La era de E.J.H.

Perry Anderson

Con la agudeza crítica que lo caracteriza, el actual editor en jefe de la *New Left Review* realiza una penetrante lectura de lo que denomina “el quinto volumen” de una misma obra ininterrumpida. *Años Interesantes. Una vida en el siglo XX*, (Buenos Aires, Crítica, 2003), las memorias de Eric Hobsbawm son así presentadas como el último eslabón, en un registro más personal, de la saga que parecía culminar con *La era de los extremos*. Igualmente atento a la calidad literaria como a la endeblez de la argumentación política, un incisivo Perry Anderson se interna en el texto en busca del interlocutor implícito al que rendiría tributo la necesidad del gran historiador británico de explicar el significado de su vida comunista. Búsqueda que se va hilvanando a partir del reconocimiento de las zonas sorprendentemente silenciadas en la obra (y lo que por ello se revela), no menos que con la oportuna discusión de las opciones políticas que encontraron a estos dos intelectuales británicos en proyectos divergentes al interior del campo de debate marxista.

¿Quiénes serían más aptos que los historiadores para practicar la autobiografía? Entrenados para examinar al pasado con una mirada imparcial, alertas a las peculiaridades del contexto y los artificios de la narrativa, aparecerían como los candidatos ideales para la difícil tarea de la autodescripción de una vida. Sin embargo, y extrañamente, han sido los filósofos quienes han sobresalido en el género, por no decir que lo han inventado. En principio, la autobiografía es la más íntimamente particular de todas las formas de escritura, mientras que la filosofía es la más abstracta e impersonal. Deberían ser como el agua y el aceite. Pero fueron San Agustín y Rousseau quienes nos han dejado sus confesiones personales y sexuales y Descartes quien nos ha legado la primera “historia de mi mente”. En los tiempos modernos, Mill y Nietzsche, Collingwood y Russell, Sartre y Quine, todos han dejado registros de sí mismos mucho más memorables que cualquier cosa escrita sobre ellos. El número de historiadores que han producido autobiografías de cierto nivel, por otro lado, es remarcablemente escaso. En el siglo XIX, las memorias de Guizot y Tocqueville, muy poco consultadas en nuestros días, son de interés principalmente en tanto testimonios de evasión política. Más cercano, el Marc Bloch póstumo de 1940, con su mezcla de reporte personal e interpelación general, es un conmovedor documento, pero demasiado circunscripto como para ofrecer más que unos pocos momentos de auto-revelación. Más recientemente, tenemos el excéntrico camafeo de Richard Cobb y las *causeries* de A.J.P. Taylor, de las cuales él mismo ha dicho que eran evidencia de que se había apartado de las temáticas históricas. En suma, en el género para el cual parecería estar bien diseñada, la habilidad de los historiadores ha producido, quizá, sólo dos clásicos: el magnífico retrato de Gibbon a fines del siglo XVIII y el fantástico *Wunderkammer* de Henry Adams a principios del XX.

Eric Hobsbawm se ha sumado a este campo generalmente decepcionante con un trabajo que él nos invita a leer como si se tratara del “Lado B” de *La Era de los Extremos*, su magnífica historia del siglo XX: “las experiencias de un individuo no ilustran la historia mundial, pero la historia mundial configura esa experiencia”, y las opciones de vida que le ofreció. Publicado a los 85 años, por su energía y su agudeza *Años interesantes* pudo haber sido escrita a los 40. Sus cualidades son tantas, de hecho, que es casi imposible leerlo sin sentirse retrotraído a su trabajo de historiador: tantas son las perspectivas que se ofrecen, casual o deliberadamente, de eso que Hobsbawm concibe como una unidad. Estamos lidiando con una suerte de quinto volu-

men, en un registro más personal, de un proyecto ininterrumpido. Este volumen puede ser llamado, sencillamente, “La era de EJH”.

Como tal, ofrece una autobiografía compuesta de tres partes distintas. La primera, que cubre los primeros años del autor hasta su llegada a la universidad, tiene muchas virtudes como para ser considerada una de las más delicadas piezas que este reconocido estilista haya escrito jamás. Con delicadeza y prudencia, e incluso con cierto tenso candor, Hobsbawm nos lleva desde su accidental nacimiento en Alejandría hasta su precaria infancia en la Viena de postguerra; su breve pero exaltada adolescencia en la Berlín de Weimar; su huida del nazismo hacia Inglaterra y su final llegada a Cambridge, en las vísperas de la Guerra Civil Española. Partiendo de los retratos de sus padres —un desafortunado inglés y una frágil austríaca que murieron cuando Eric tenía 14 años— se va dibujando el trasfondo psicológico de un descendiente de judíos por ambas partes, que vivió su juventud en la ciudad más antisemita de Europa. Él explica el tipo de lealtad a sus orígenes familiares que aprendió de su madre, y su actual “falta de obligación emocional respecto del pequeño, militarista, culturalmente decepcionante y políticamente agresivo Estadonación que requiere mi solidaridad en función de bases raciales”.<sup>1</sup>

Mudado a Berlín, donde un tío (del lado inglés) estaba trabajando en la industria del cine, Hobsbawm describe su descubrimiento del comunismo a los 15 años, en un tradicional *Gymnasium* prusiano, con Hitler a las puertas del poder. Deben haber muy pocas evocaciones tan vívidas de la atmósfera eléctrica de la izquierda revolucionaria en Alemania durante aquellos meses. No es extraño que los recuerdos de los destellos finales del condenado Partido Comunista Alemán en medio del crepúsculo de Berlín puedan haberlo marcado más que los días inmóviles del Londres durante el Gobierno Nacional. De su posterior experiencia en St. Marylebone Grammar School escribe con afectado buen humor (“Tomé tantos exámenes como helados”). En la composición de estos escenarios en contraste, la inteligencia del historiador está siempre funcionando, ubicando los accidentes de una vida individual en un cruce de tendencias en un espacio y tiempo gráficamente delineados. La imagen que emerge, con considerable habilidad, es la de un muchacho que contrasta con las imágenes del hombre: solitario, inicialmente inclinado a la naturaleza más que a la política, algo abstraído e introspectivo, gradualmente más confiado en sus cualidades. El tono del autorretrato con el cual él sintetiza su ado-

lescencia contiene algo de lo que el horóscopo de Kepler hubiera dicho de él:

“Eric John Ernest Hobsbawm, de dieciocho años y medio, rubio, de estatura elevada, desgarbado, poco agraciado, de rasgos angulosos, rápido para cazar las cosas, con un considerable aunque superficial bagaje de conocimiento general y un montón de ideas originales, generales y teóricas. Un incorregible aficionado a tomar poses, lo cual es a la vez peligroso y efectivo, mientras se convence a sí mismo de creer en ellas... No tiene sentido de la moral, es totalmente egoísta. Algunos lo encuentran extremadamente desagradable, otros agradable, aunque otros (la mayoría) solamente ridículo. Es vanidoso y engreído. Ama profundamente la naturaleza. Y se está olvidando del idioma alemán.”

Así termina la primera parte de *Años interesantes*. Desde un punto de vista literario, bien podría haber parado acá. Hubiéramos tenido algo cercano a aquellas obras maestras de los desplazamientos calmos, movilizantes y provocativas en igual medida, como las que nos han dejado Constant o Sartre: viajes a la edad de la razón, o de la pasión, que nos llevan justo hasta ese umbral. Si este pensamiento no es incongruente es porque, antes que preparar el camino para un retrato del historiador como un hombre joven, el pasaje citado arriba más bien cierra la puerta a futuras exploraciones por el estilo del “personaje”. Profundamente sentida, la imaginativa recreación del joven que alguna vez fue da paso a otra clase de empresa. Nunca más vislumbraremos el mismo paisaje interior. Sin dar cuenta de un cambio de marcha, el próximo capítulo nos lleva a la segunda parte de *Años interesantes*, que cubre la membresía de Hobsbawm en el Partido Comunista Británico (PCB) desde finales de los '30 hasta su disolución al principio de los '90. Aquí cuenta sus tiempos en Cambridge, en el cenit de su comunismo estudiantil; su parate durante la guerra por ser sospechoso ante las autoridades; su crecimiento como miembro del partido y su semi-marginalidad como académico durante la Guerra Fría; sus reacciones ante la crisis en la que se sumió el movimiento comunista tras las revelaciones de Kruschew y la revuelta húngara de 1956; las razones de su permanencia en el PCB después que la mayoría de sus compañeros historiadores marxistas se hubieran ido y su convencimiento de que su opción era mucho más fructífera que la de ellos; cómo eventualmente colaboró, en su propia mirada, en salvar al Partido Laborista, incluso cuando el PCB se estaba hundiendo.

Estos capítulos marcan una completa alteración en el registro. La diferencia empieza desde la mismísima primera página, en la cual –antes incluso de intentar describir su propia experiencia en Cambridge– Hobsbawm se siente obligado a explicar cuán mínimo era su acuerdo con Burgess y Maclean, Philby y Blunt, y todos aquellos que precedieron su época en la universidad.<sup>2</sup> Honorablemente, agrega que si más adelante se le hubiera pedido llevar adelante el mismo tipo de misión<sup>3</sup> él hubiera accedido. Pero permanece una sensación de incomodidad, como si otra clase de lector estuviera hurgando en el trasfondo de la narrativa. La descripción de Cambridge que sigue ofrece ricas anécdotas del arcaísmo de los tutores y de las instituciones, y también de las características y motivaciones de los estudiantes radicalizados. Puntualizando que la izquierda, en su pico más alto, no contaba sino con el 5% de los estudiantes de grado, de los cuales el contingente comunista no representaba más que un 10%, Hobsbawm asegura que, de todas maneras, la influencia informal del PCB era más extensa, como producto de su enérgica campaña de búsqueda de compromiso con el éxito académico y del optimismo de sus prometedores activistas. La escena, presentada de esa manera, es convincente pero esencialmente genérica. Muy poco se dice del sendero personal de Hobsbawm a través de ella: absolutamente nada de su desarrollo intelectual, virtualmente nada de su vida emocional, escasamente un fresco de sus ideas políticas. El pronombre persistente es, ahora, el anónimo e impersonal “nosotros”. La primera persona del singular se reserva para momentos menos cargados, como cuando es reseñado un *cursum* más convencional: “Mi último período de clases, mayo-junio de 1939, fue muy bueno. Edité *Granta*, fui elegido miembro de los Apóstoles y obtuve una matrícula de honor en el Tripos, que también me dio la posibilidad de una beca en el King's College”.<sup>4</sup>

Lo engañoso de la supresión de una subjetividad puede ser visto desde el curioso desplazamiento de episodios decisivos de la vida del autor en esta fase hacia capítulos mucho más adelante, separados por cientos de páginas del racconto de estos años de estudiante. Hacia el final de su capítulo sobre Cambridge se cuentan unas vacaciones de verano pasadas en París, trabajando con James Klugmann para una organización de masas del Comintern, y la futura historiadora Margot Heineremann es casualmente mencionada. Del primero, Hobsbawm remarca: “¿Qué sabíamos de él? Prácticamente nada”; de la segunda, dice simplemente: “posiblemente ella tuvo más influencia sobre mí que cualquier otra persona

que haya conocido”, y después de este tributo, ella no aparece más. No es hasta que uno alcanza un conjunto de concluyentes reminiscencias de las diferentes partes del mundo visitadas por Hobsbawm, bien al final del libro, que –bajo la preeminencia objetiva de Francia y España– uno comienza a encontrar el sentido que se desliza en torno a los sentimientos privados que permanecían detrás de tan lacónicas frases.

Pero nada en su relato de Cambridge es comparable a la pasión que denota su descripción del Día de la Toma de la Bastilla en el primer año del Frente Popular, cuando él condujo por una París en festejos un camión de un equipo de documentalistas del Partido Socialista Francés –“Fue uno de esos extraños días en los que mi mente estaba en piloto automático. Sólo sentí y experimenté”– y luego bebieron y bailaron hasta el amanecer: una situación muy diferente a la marcha fúnebre en Berlín. Hubiera sido extraño que esas estadías en París, trabajando como traductor en lo que era el centro neurálgico de todas las redes del Comintern en Europa, no significaran para él más que las reuniones del partido en el Club Socialista de Cambridge. Quizá por alguna asociación inconsciente, en esta otra locación él incluso –en una memoria de otra manera rigurosamente silenciosa en algunos aspectos– confía su iniciación sexual, “en una cama rodeada de espejos”, en un burdel cerca del boulevard Sébastopol. Antes, al aventurarse en una entrada ilegal a España apenas comenzada la Guerra Civil, en el mismo momento que John Conford se enrolaba en Barcelona, ¿consideró tomar las armas por la República? Nuevamente, la página en la que se interroga retrospectivamente sobre esa posible encrucijada tiene una enigmática profundidad y una belleza que nos para frente a la monótona historia inglesa. Lo perdido –y deliberadamente advertido– es un intento de juntar esos elementos dispersos de una juventud revolucionaria con cualquier síntesis interior. Tanto como prosigue la narrativa, el costo de la creciente externalidad es la dispersión.

Cronológicamente, después de Cambridge viene la guerra: una experiencia relativamente vacía para Hobsbawm, como cuenta con legítima amargura. La Oficina de Guerra lo confinó a un remoto regimiento hasta que fue enviado a Singapur y después a actividades administrativas en los Cuerpos de Educación, posiblemente tanto porque venía de Austria como porque era comunista. Pero desde ese período con los Ingenieros aprendió a apreciar de primera mano las cualidades tradicionales de los trabajadores ingleses, sobre quienes se formó una “permanente, si no exasperante admiración”, el

comienzo de una simpatía imaginativa que ha marcado todo lo que, desde allí, ha escrito sobre las clases populares. La agudísima inseguridad económica, de vez en cuando cercana a la penuria, de su propio pasado en Viena, lo habría acercado a la experiencia proletaria mucho más que a otros intelectuales de su generación. También fue durante la guerra que se casó por primera vez con una compañera comunista, funcionaria, acerca de quien dice casi nada. Una vez que, tardíamente, fue desmovilizado, comenzó a trabajar como historiador y pronto consiguió un puesto en Birkbeck. Aunque se encontró ante lo que podría haber sido una brillante carrera –después de un comienzo con buenos augurios en el King’s College–, ésta se desvió de su curso natural por la Guerra Fría, cuando a los comunistas se les congeló cualquier tipo de ascenso. Hobsbawm explica, muy dignamente, las heridas que le causó el hecho de no poder acceder a puestos permanentes, de acuerdo a las expectativas que se había creado en Cambridge.

Pero leyendo entre líneas, su recuento de ese desvío en su carrera encierra algunos misterios. Él mismo revela que no sólo formó parte de la reconstitución de los Apóstoles –un grupito de iniciados, si es que alguna vez existió uno– después de la guerra, sino que incluso actuó como organizador de esa sociedad, y continuó reclutando estudiantes de grado hasta mediados de los ‘50. ¿Hubo alguna relación entre ese rol y la beca que le fue asignada en King’s College en 1949, no antes pero en los inicios de la Guerra Fría, o el trámite por el cual le fue concedida una pensión completa cuando su matrimonio se rompió? Un indicio de que debe haber mucho más en esta historia que lo que aparece sugerido es dado por una ausencia enigmática: el nombre de Noel Annan, compañero y luego presbítero de King’s College, un amigo íntimo, que no figura en el relato.

Si en principio este tipo de cuestiones tiene lugar en algunas autobiografías, son de escasa relevancia en las de otro tipo. La mayor significación del tratamiento que hace Hobsbawm de esos años es política. Tres capítulos sustanciales están dedicados a qué significaba ser comunista en esa época, fuera o dentro del poder; a qué problemas se enfrentaron los comunistas británicos por la evolución del sistema soviético durante la Guerra Fría; y cómo la desestalinización detonó en el PCB y lo dejó como a uno de los pocos intelectuales que permanecieron en el partido. Permanentemente, vuelve a la pregunta de por qué se quedó hasta el mismísimo final. El efecto de esas vastas reflexiones es ambiguo. Mirando la opción por el comunismo desde un nivel muy general, desde la Revolución Rusa hasta el fin de la guerra,



Frans Masereel

Hobsbawm ofrece una elocuente defensa e ilustración de qué significaba para aquellos que lo hicieron, alternando la observación social con los ejemplos individuales, ya fueran heroicos o mediocres. Su énfasis se posa en un *ethos* de obediencia desinteresada y “sentido práctico” –“eficiencia en los negocios”, como él mismo lo dice– en tanto sello real de la Tercera Internacional:

“Los partidos comunistas no eran para románticos. Por el contrario, estaban hechos para la organización y la rutina... El secreto del partido leninista no residía en soñar con erigirse sobre barricadas ni aún en la teoría marxista. Puede sintetizarse en dos frases: ‘las decisiones deben ser verificadas’ y ‘disciplina del Partido’. La seducción del partido estaba en que allí las cosas se hacían, mientras en otros no sucedía lo mismo.”

Históricamente, debe ser dicho, esta imagen se presenta como extrañamente desequilibrada. Un movimiento que contó con revolucionarios como Serge o Trotsky, Roy o Mariátegui, Sneevliet o Sorge, ¿no era para románticos? ¿Por qué razón fue Mao, nos guste o no, una figura tanto o más importante en el comunismo que muchos de los leales funcionarios o militantes europeos a quienes se nos presenta aquí? En otro lugar, incluso, Hobsbawm se define a sí mismo como “romántico”. La realidad es que la contraposición de barricadas y teoría, al eficientismo y el “hacer” constituye una retórica *ex post facto* que, como mucho, indica algo de la imagen de los estalinizados partidos comunistas europeos tras 1926, en los cuales el mismo Hobsbawm fue formado, pero no captura nada de sus ambigüedades. El culto a la rutina y al “sentido práctico”, como se expresa aquí, fue con frecuencia sólo otra forma de romanticismo, y de ninguna manera la más efectiva. Afortunadamente, el mismo Hobsbawm pareciera desdecirse de sus afirmaciones, como pone en claro su acalorado retrato del revolucionario austríaco Franz Marek, la pieza central moral de sus reflexiones sobre el “ser comunista”.

¿Qué hay de sus propias convicciones como individuo, no ya en el período del Comintern, disuelto en 1943, sino en el del Cominform, fundado por Zhdanov en 1947 para hacer frente a la Guerra Fría? No es fácil de decir. En parte, porque *Años interesantes* evita cualquier cronología meticulosa de la discusión de su propio comunismo. Su reflexión general sobre la experiencia comunista, que se extiende más o menos desde Lenin hasta Gorbachov, se ubica inmediatamente después de sus recuerdos de Cambridge, antes incluso que la guerra. Cuando vuelve a ese tema en su historia personal, es para evocar la actitud de los intelectuales del

PCB ante los desarrollos del Cominform que los preocupaban: el apartamiento de Tito, los ensayos de Kostov, Rajk y Slansky. Aquí también la referencia es insistentemente colectiva: “¿qué pensábamos?”; “ninguno de nosotros creía que”; “claramente subestimamos”; “la gente como yo”; “también reconocíamos”.

Sabemos poco de las opiniones personales de Hobsbawm, más allá del hecho que era escéptico de que Basil Davidson pudiera haber sido un agente británico aliado con Rajk desde que su carrera había comenzado a resentirse con la Guerra Fría. No hay pistas sobre su opinión de los Procesos de Moscú, que destruyeron a los viejos bolcheviques y sentaron la pauta para su continuación en Budapest, Sofía y Praga después de la guerra. Nunca hace referencia a lectura alguna de la abundante literatura en torno a esos sucesos. El núcleo del relato es que los comunistas británicos, o al menos los intelectuales del partido, no creyeron las versiones oficiales. No es lo mismo que decir que eran una sarta de mentiras, desde el momento que versiones no oficiales también circulaban. Cuando Kruschev finalmente descubrió los fundamentos del grotesco edificio de confesiones en las cámaras de torturas de Stalin, Hobsbawm subraya el shock que esas revelaciones –conteniendo, por supuesto, poco que no fuera ampliamente conocido– causaron en el movimiento comunista internacional. “La razón”, escribe, “es obvia. No se nos había dicho la verdad sobre algo que tenía que afectar la misma naturaleza de nuestra creencia comunista”. Incluso si, una vez más, el pronombre deja un margen de ambigüedad, la implicación debe ser que Hobsbawm mismo había continuado, de alguna manera, creyendo en el honor de Stalin. ¿En qué modo? La construcción de la narrativa nos hace difícil suponerlo. Es claro que, sin comprobarlo aunque sea críticamente con fuentes independientes, estaba esperando que una voz de autoridad distribuyera la verdad. A todas luces, el militante y el historiador constituían identidades separadas.

La crisis que el discurso de Kruschev hizo estallar en el PCB en abril de 1956 –a lo cual se le sumó, a los pocos meses, la revuelta húngara– es descrita por Hobsbawm con una imagen de agitada emoción. “Por más de un año, los comunistas británicos vivieron en la cornisa del equivalente político de un colapso nervioso colectivo”. El Grupo de Historiadores del Partido, del cual Hobsbawm era director, se convirtió en el epicentro de la oposición al oficialismo y virtualmente todos sus miembros, con excepción de Hobsbawm, habían dejado el partido en el verano de 1957. ¿Por qué él se quedó? Ofrece dos respuestas y una apostilla. “No ingresé al

comunismo como un joven británico en Inglaterra, sino como un centroeuropeo durante el colapso de la República de Weimar. Y entré cuando ser un comunista no era sólo pelear contra el fascismo, sino también por la revolución mundial. Todavía pertenezco al coletazo de aquella primera generación de comunistas, de ésos para quienes la Revolución de Octubre era el punto de referencia central en el universo político”. Fue por eso, escribe, que “para alguien que se unió al movimiento donde y cuando yo lo hice, fue simplemente más difícil romper con el partido que para aquéllos que llegaron después y en otros lugares”.

Ésta es seguramente la mera verdad biográfica, bien argumentada. Pero si tanto la emergencia como la esperanza que lo llevaron al movimiento comunista fueron más intensas que las típicas de sus contemporáneos ingleses, es menos claro que el contraste cronológico pueda haber sido más significativo que el geográfico, como parecería sugerir. ¿La Revolución de Octubre fue periférica para Christopher Hill, quien se unió al partido a mediados de los '30, aprendió ruso –mientras Hobsbawm cuenta que nunca lo hizo– y escribió un libro sobre Lenin? De todas maneras, justificando la que para él constituye la mayor diferencia, de tiempo más que de espacio, Hobsbawm ofrece otro rasgo ilustrativo de sí mismo. “Políticamente”, dice, al haberse sumado al Partido Comunista en 1936, pertenece a la era del Frente Popular, comprometido en una alianza entre capital y trabajo, que ha determinado su pensamiento estratégico hasta el día de hoy; “emocionalmente”, sin embargo, como un muchachito converso en la Berlín de 1932 permaneció atado a la agenda revolucionaria original del bolchevismo. Esta es una dicotomía que tiene más de un efecto en el conjunto de su trabajo.

Incluso si ésas fueron las razones por las cuales Hobsbawm permaneció en el Partido Comunista después de 1956, uno podría haber esperado que se incluyeran algunas aseveraciones políticas más ordinarias. Después de todo, la desestalinización no se frenó ese año. Con la derrota de Malenkov y Molotov en el verano de 1957, Kruschchev continuó más vigorosamente que antes en la URSS. Los campos de concentración fueron vaciados, los estándares de vida mejoraron, el debate intelectual se reavivó, la solidaridad se extendió al último capítulo de la revolución mundial en el Caribe. En el XXII Congreso del Partido, en 1961, se discutieron líneas tendientes a “limpiar” el pasado. Tales desarrollos persuadieron a muchos comunistas desconcertados en 1956 de que la Revolución de Octubre, aún con zigzags, estaba siendo gradualmente redimida más que definiti-

vamente abandonada. Sería sorprendente que Hobsbawm nunca haya pensado en estos argumentos, perfectamente entendibles. Pero si lo hizo, aquí no hay rastro. Como en todo su tratamiento de la experiencia comunista, no hay en absoluto alguna discusión sobre la historia política del período, en *stricto sensu*. En cambio, concluye las razones por las cuales se quedó en el partido apelando a una “emoción privada: el orgullo”, explicando que si se hubiera ido hubieran mejorado las perspectivas de su carrera, pero justamente por esa razón se quedó, para “probarme a mí mismo que se podía triunfar siendo un comunista conocido –más allá de lo que signifique ‘triunfar’– y que eso no tenía por qué ser un obstáculo”.

Hobsbawm llama a esta mezcla de lealtad y ambición una forma de egoísmo, a la cual no defiende. La mayoría de la gente vería en ello la evidencia de una excepcional integridad y fuerza de carácter: un coraje para tomar posiciones impopulares, mucho más sorprendentes en alguien para quien el éxito era algo que importaba muchísimo. *Años Interesantes* da cuenta de las diferentes formas –podríamos tomar este paréntesis insustancial como un gesto propiciatorio– que el éxito ha asumido: un espectro mundial de lectores en múltiples idiomas, cátedras simultáneas en tres países, grados honorarios *ad libitum*, infinitas entrevistas y audiencias, homenajes desde estrados. Y todavía hay otras que son omitidas: los lectores ingleses pensarán en la Compañía de Honor, a la que pertenece junto con los Lords Tebbit, Hurd y Howe. Muy rápido en el recorrido por su vida Hobsbawm explica que ha aceptado “al menos alguno de los signos de público reconocimiento” que lo han hecho un “miembro del *establishment* cultural británico” porque nada le hubiera dado más felicidad a su madre en sus últimos años, añadiendo, con una segura sonrisa en sus labios, que diciendo esto “no sería más honesto o deshonesto que Sir Isaiah Berlin quien acostumbraba disculparse por haber aceptado su título de caballero diciendo que lo había aceptado sólo por darle felicidad a *su* madre.”

Los grandes hombres tienen debilidades por las cuales deben ser perdonados, incluso un ocasional error de apreciación sobre dónde reside su grandeza o qué puede disminuirla. En Gran Bretaña, la incapacidad de resistir a las adulaciones oficiales es algo tan común entre los académicos eminentes –los historiadores se destacan especialmente entre ellos– como alguna vez lo fue entre los agentes africanos del tráfico de esclavos. En el caso de Hobsbawm, el interés no reside en disociación alguna, sino en la conexión entre la lealtad política y el



acomodamiento social. Quizá porque permaneció tan leal a una causa aborrecida, su entrada en un mundo de aceptación parece haber adquirido mayor valor. Para sus adentros, cada paso hacia adelante en uno podría haber implicado perder en el otro. Psicológicamente, esos intrincados vaivenes son comunes. Pero tienen algún costo. En el corazón de *Años Interesantes* hay un esfuerzo sostenido por explicar el significado de una vida comunista. Pero, ¿explicárselo a quién?

Si hay algo penoso en esta repetida y nerviosa búsqueda desafortunada es porque —no consistentemente, y sin embargo demasiado seguido como para consolar: desde la primera nota sobre los espías de Cambridge, hasta la última satisfacción de que Health y Heseltine hubieran adornado *Marxism Today*— el inconfeso destinatario es como si fuera un orden establecido al cual el relato de uno mismo se debiera en intercambio. Ésta parece ser la lógica de la ausencia de una profunda discusión política, o cualquier real compromiso intelectual con los problemas que surcaron la trayectoria del comunismo europeo, lo cual conforma la característica inesperada de estas páginas. “Ahora debe ser obvio”, escribe de la Revolución Rusa, que “la equivocación estuvo construida en esta empresa desde el principio”. No ofrece razón alguna para una conclusión tan terminante, al menos no desde su insistencia sobre el “sentido práctico” de la tradición estalinista. Pero, si esa equivocación es tan autoevidente para el lector que tiene en mente, ¿por qué molestarse en explicarla? Para hacer eso se hubiera requerido otro estilo de orientación y un conjunto de referencias distinto, empezando por algunos nombres e ideas clarividentes —Kautsky, Luxemburgo, Trotsky— que esta memoria elige evitar.

Sin embargo, después de que todas estas advertencias y reparos son hechos, la elegía de Hobsbawm a la tradición política a la cual dedicó su vida tiene una dignidad y una pasión que deben provocar el respeto de cualquiera. Su tratamiento de las tradiciones de otros es mucho menos convincente. Aquí, la falta de generosidad desfigura demasiados juicios. El problema empieza en el mismo momento en el que busca explicar por qué no se fue del partido en 1956. Antes de dar cuenta de las razones biográficas de su decisión, y como si fuera una introducción necesaria para justificarse a sí mismo, comienza por despreciar a aquellos que tomaron la opción contraria. Un perfil de Raphael Samuel —“esa vehemente figura vagabunda, la negación absoluta de la eficiencia ejecutiva y administrativa”— lo dedica principalmente a censurar su “proyecto desatinado” de poner un café en Londres, y lamenta su propia indulgencia en ese

“emprendimiento lunático” con una desmesura sin proporciones. Leyendo eso, uno no puede adivinar que Samuel, después de seis años en el PCB, produjo una antropología política del partido, *The Lost World of British Communism*, cuyos logros hacen que las remembranzas de Hobsbawm, quien permaneció ocho veces más de tiempo en el partido, parezcan esqueléticas. De Edward Thompson se nos hace entender que carecía de “impulso constructivo” y que después de escribir *The Making of the English Working Class* —“el trabajo de un genio”, si bien “extremadamente estrecho en el período que abarca”— perdió esencialmente su tiempo, con una “criminal” desviación de energías en disputas teóricas más que en investigación empírica, contra lo cual Hobsbawm lo precavó. Thompson se hubiera sorprendido de encontrarse descrito como “inseguro” en estas páginas. Sin dudas esto puede decirse de cualquier ser humano. Pero podemos estar casi seguros que en este caso hubiera pensado que le adjudica un rasgo propio del mismo Hobsbawm. “En términos prácticos”, continúa Hobsbawm, las varias Nuevas Izquierdas que emergieron tras la crisis de 1956 carecieron de importancia. Peores fueron los estudiantes radicales de Norteamérica o Europa en los ‘60 —para quienes su generación “permanecería extraña”— responsables no sólo de “un torpe intento de hacer una clase de revolución, sino también de la efectiva ratificación de otra: una que abolía la política tradicional y, al final, la política de la izquierda tradicional”. Con respecto a la “ultraizquierda en y fuera de Sudamérica (todos los intentos guevaristas de llevar adelante insurrecciones guerrilleras fueron una gran equivocación)”, inspirada por la Revolución Cubana, “no entendieron ni quisieron entender qué podría haber llevado a los campesinos latinoamericanos a tomar las armas”, a diferencia de las FARC en Colombia o Sendero Luminoso en Perú.

Casi ninguno de los ítems de esta retrospectiva resiste una investigación cuidadosa. La Nueva Izquierda de los últimos ‘50 se dedicó a la Campaña por el Desarme Nuclear, pero ahí no se agotaron sus objetivos y fue bastante más importante que el no reconstruido PCB. Los movimientos estudiantiles en Europa y Estados Unidos no sólo, como recuerda el mismo Hobsbawm en un momento “olvidadizo”, ayudaron a deslegitimar los gobiernos de De Gaulle y Nixon, sino —como Hobsbawm no reconoce— fueron críticos con la Guerra de Vietnam y dieron que hablar tanto o más que la mayoría de las movilizaciones de la clase obrera en Francia e Italia durante la segunda postguerra. En América Latina, la única revolución triunfante, en Nicaragua, no sólo fue

inspirada sino directamente asistida por Cuba. Con respecto a Perú y Colombia, Hobsbawm nos dice que no podría menos que dar la bienvenida al desmantelamiento de Sendero Luminoso por Fujimori. ¿Esperará lo mismo de Uribe respecto a las FARC?

En contraposición a esos ejercicios de futilidad, Hobsbawm da cuenta de otra y —a sus ojos— más fructífera experiencia de comienzos de los '80. Esa fue la campaña que entabló, desde las páginas de *Marxism Today*, para rescatar al Partido Laborista de los riesgos de Bennery. Aquí, la legitimación del orgullo y la fatal desilusión son llamativamente silenciados. Antes de la caída del gobierno de Callaghan, Hobsbawm remarca correctamente que el sindicalismo militante de los '70, más allá de sus éxitos en las huelgas industriales, no estaba acompañado por la expansión de la organización y fuerza de la clase obrera; y después de la llegada al poder de Thatcher, la captura de la debilitada máquina Laborista por la Izquierda no sería suficiente para detener y vencer al nuevo conservadurismo. Pero las conclusiones que saca de estas observaciones correctas son extremadamente estrechas y simples: esencialmente, que la tarea primordial era asegurar la restauración, a cualquier costo, de un liderazgo “moderado” capaz de atraer los votos de la clase media —a pesar del hecho obvio de que fue, precisamente, el agotamiento de esa clase tradicional de Laborismo, demostrado fatal y finalmente en los '60 y '70, lo que condujo al ascenso de la izquierda en primer lugar.

Hobsbawm cuenta con gusto, pero sobreestimándolo, su propio rol en la protesta mediática que remató a Benn y puso a la lastimosa figura de Kinnock en ejercicio. Desde el momento que el conjunto de Fleet Street, desde el *Sun* y el *Mirror* hasta el *Guardian* y el *Telegraph*, estaba clamando por la cabeza de Benn, es dudoso cuánta diferencia puede haber hecho su compromiso personal. Nos asegura que una vez que Kinnock había conducido las purgas necesarias del Partido, “su futuro estaba asegurado”. Sin embargo, una vez que Thatcher estaba fuera de lugar, el nuevo líder mostró ser un fiasco en las elecciones de 1992. “No estoy solo”, escribe melancólicamente Hobsbawm, “en recordar aquella noche de elecciones como la más triste y desesperada de mi experiencia política”. Tanto como marzo de 1933. Tal “inflación” es una medida de la pérdida del contacto con la realidad que su cruzada por “salvar al Partido Laborista” —el viejo eslogan de Gaitskell desempolvado otra vez— parece haber inducido temporariamente al historiador. Pero, por supuesto, lejos de haber sido salvado, en el sentido que él quería, fue transfor-

mado internamente a tal punto de convertirse en lo que él mismo ahora llama “Thatcher con pantalones”.

Remarcando que, desde su operación de rescate del Partido, no existe más una izquierda Laborista, parece incapaz de reconocer que precisamente ésa fue una de las condiciones para el ascenso del Blairismo, que ahora deplora. Es lo suficientemente obvio que, en una escala menor, *Marxism Today* —periodísticamente viva, pero sin capacidad de resistencia política e intelectual (que desapareció en 1991, con el Partido que la sostuvo)— jugó el papel de aprendiz de jugador, papel no menor en la preparación de un culto de Thatcher como modelo de un gobierno radical, del que luego se apoderó el Nuevo Laborismo. Hobsbawm termina por lamentarse que el régimen de Blair “nos llevó afuera de la política real”, y tristemente cita la admonición hacia él de un incondicional de *Marxism Today* ahora encarado en Downing Street, cuya crítica no es suficiente, ya que el Nuevo Laborismo “debe operar en una economía de mercado y llenar sus requerimientos”. A lo cual, lo único que Hobsbawm puede responder es: “es cierto”, añadiendo a tan humilde minimalismo una única protesta sobre que el liderazgo tiene, todavía, una fe excesiva en la ideología neoliberal. Este episodio no es todo Hobsbawm, de ninguna manera. Pero muestra solamente en qué se había convertido ese costado de su experiencia que él dice que ha guiado siempre su pensamiento estratégico. El Frente Popular pudo alguna vez despertar a las masas a la vida política y movilizar un entusiasmo genuino pero, incluso en su punto cúlmine, en Francia y España durante los '30, careció de cualquier cálculo realista de poder y terminó en desastre. La transferencia de su carga de ilusiones sentimentales a las condiciones de posguerra, donde nunca hubo cualquier movilización comparable detrás, tuvo resultados más banales: la desconcertada eyección de un Partido Comunista tras otro de los gobiernos continentales durante 1946-47, el inútil pedido de Compromiso Histórico en la Italia de los '70, finalmente —frías cenizas de las brillantes esperanzas de 1936— el desesperado intento por recomponer el mosaico del Laborismo en los '80.

El último tercio de *Años Interesantes* cambia el registro nuevamente, abandonando cualquier secuencia narrativa por las observaciones profesionales y los viajes de Hobsbawm. Aquí el ritmo se detiene y el libro se torna más convencional, aunque la misma inteligencia aguda relampaguea incluso a través de prolongaciones aduladoras. Da un buen relato de la emergencia de la historia social analítica asociada a los *Annales* y *Past*

*and Present*, a expensas de las anteriores narrativas políticas, arrepintiéndose de su retroceso con el giro cultural de los '80. Los historiadores que iniciaron el movimiento son descritos como "modernizadores": un término demasiado vago y burocrático, algo apartado de sus otras connotaciones ("las principales vías por donde el tren de la historiografía habría de rodar habían sido construidas") para tener algún uso teórico. Aquí Hobsbawm se "vende" poco. Para ver cuán original ha sido su propio pensamiento sobre el estudio del pasado —más que el de Braudel, por quien dice haber estado, de alguna manera, intimidado— se necesita ver su colección *Sobre la historia*. Esta parte de *Años Interesantes* nos devuelve a la idea de lo poco que ofrece esta autobiografía para comprender el compromiso de Hobsbawm con el mundo de las ideas. Desde el comienzo hasta el final, prácticamente no se menciona alguna obra del pensamiento que haya tenido, seriamente, alguna influencia sobre él. De su marxismo, virtualmente lo único que nos dice es que leyó el *Manifiesto comunista* durante su secundaria en Berlín. Al señalar que la literatura fue el sustituto de la filosofía en los años de formación, se vincula a sí mismo con otros historiadores marxistas británicos en el hecho de haber llegado a la historia a partir de una inicial pasión por el arte. Pero, más allá de decir que St. Marylebone Grammar School lo introdujo a las "sorprendentes maravillas de la poesía y la prosa inglesas", no se nos informa de cuáles fueron esas lecturas. Cuando llega a la política, son citadas líneas de Brecht y Neruda, pero conceptualmente hay un blanco.

Tal vez esta abstención es nada más que un guiño a un público no interesado en esas cuestiones. Los viajes son otra cosa. El libro termina con las experiencias de Hobsbawm en Francia, España, Italia, América Latina y Estados Unidos. De los primeros cuatro escribe con afecto sincero, pero sin ofrecer una mirada singular sobre ellos. Confiesa, de hecho, que de diferentes maneras se ha sentido desconcertado o disgustado con cada uno, encontrando la política y la cultura de la Quinta República incongruente con la Francia de los '30 y '40; tomado por sorpresa por la velocidad con la cual el capitalismo ha transformado a España; sorprendido también por el éxito de Craxi y Berlusconi en Italia y por la caída del movimiento comunista del cual se sintió muy cercano; resignado a la ausencia de cualquier progreso político en América Latina, en medio de significativos cambios sociales. Por otra parte, estos capítulos están compuestos por agradables recuerdos de placeres y amistades en sociedades donde estuvo.

Los Estados Unidos, donde Hobsbawm estuvo más tiempo que en los otros países sumados, son otro asunto. A excepción de Manhattan, por su propio relato dice que aprendió más de ese país mediante una exploración de la escena del jazz en los '60 que en una docena de años de enseñanza estacional en los '80 y '90. Éstos parecen haber reforzado —si eso fuera posible— un sentido de distancia respecto a Estados Unidos, una antipatía sin la usual cuota de curiosidad. Más allá de lo impresionante de sus logros, escribe, la inequidad social y la parálisis política norteamericana, el individualismo y la megalomanía constituyen rasgos que lo hacen sentirse feliz de pertenecer a otra cultura. La observación es un recordatorio de que el país que más ha significado para Hobsbawm no figura en esta examinación. Después de describir sus impresiones adolescentes, *Años Interesantes* —aunque contenga un breve *intermezzo* sobre unas vacaciones en Gales— nunca retorna a Inglaterra. No es, ciertamente, un signo de indiferencia. Es claro para sus contemporáneos que, una vez en Cambridge, se sintió más británico de lo que esperaba, patrióticos sentimientos que luego encontraron su expresión en la fuerte defensa de la integridad del Reino Unido y, tal vez, sentimientos mezclados respecto a la Guerra de las Falklands. Su relación con su legalmente nativo, pero culturalmente adoptado, país es un área complicada que deja a un costado en su autorretrato.

*Años Interesantes* llega a su final con una magnífica coda sobre el 11 de septiembre y su explotación política —sobre todo, la "descarada desfachatez de presentar el establecimiento de un imperio global norteamericano como la reacción defensiva de una civilización frente a la expansión de los llamados horrores bárbaros, a menos que se destruya al 'terrorismo internacional'". Desde una perspectiva histórica, observa, el nuevo imperio americano será más peligroso que el inglés, ya que busca un poder mucho más grande. Pero no cree que llegue a tanto. El capitalismo mismo, sugiere Hobsbawm, se está ganando nuevamente la desconfianza de los jóvenes, tanto como de vastas fuerzas de cambio social que llevarán al mundo más allá de los horizontes conocidos. Definiéndose a sí mismo como un historiador que se benefició con el hecho de no haber pertenecido enteramente a ninguna comunidad, cuyo ideal es "un pájaro migrante, en casa en el ártico o en el trópico, sobrevolando medio globo", llama a las nuevas generaciones a esquivar los fetiches de la identidad y a hacer causa común con los pobres y los débiles. "No nos desarmemos, incluso en tiempos que no son satisfactorios.

La injusticia social todavía debe ser denunciada y combatida. El mundo no será mejor por sí mismo”.

Para concluir, por todas las diferencias de registro en tanto memoria, y las diversas reflexiones que sugiere, la impresión más perdurable de estas páginas es la de la grandeza de esta mente y la complejidad de la vida que reporta. Ellas son el adecuado complemento de sus logros como historiador. Una brusca vitalidad que ha desafiado los años.

[Traducción: Valeria Manzano, del artículo publicado en *London Review of Books*, Vol. 24 Nº 19, 3 de octubre del 2002 ([www.lrb.co.uk/v24/n19/ande01\\_.html](http://www.lrb.co.uk/v24/n19/ande01_.html))/

Revisión técnica: Laura Ehrlich / Roberto Pittaluga]

- 1 La referencia, aquí, es Israel. Ver: *Años interesantes...*, p. 33. [N. de T.]
- 2 Estos cuatro personajes, a los cuales debería de agregarse el nombre de Cairncross, eran los “cinco pesos pesados” del movimiento estudiantil de Cambridge previo a la llegada de Hobsbawm. Ninguno de ellos hizo pública su pertenencia al Partido Comunista y todos, al parecer, hicieron trabajos para el servicio secreto soviético, recibiendo luego el nombre de “espías” en un proceso emprendido en su contra. *Años interesantes...* pp. 101-102 [N. de T.]
- 3 Esto es, el “espionaje” [N. de T.]
- 4 Hobsbawm describe así la entidad de la, por entonces, sociedad secreta llamada “los Apóstoles”: “era y sigue siendo una pequeña comunidad formada fundamentalmente por estudiantes o recién licenciados brillantes, en la que se entraba por cooptación y cuya finalidad era leer y discutir los artículos escritos por sus miembros en las reuniones celebradas semanalmente”. *Años interesantes*, p. 178. El Tripos, por otro lado, es el examen final para obtener una Licenciatura [N. de T.]
- 5 John Cornford fue un militante estudiantil comunista de Cambridge que murió en la Guerra Civil Española a los 21 años [N. de T.] .